terno, desde la acción subjetiva de los aparentes sostenedores de la acción histórica y desde lo que bien pudiera llamarse el *análisis de lo externo* de la historia. Exterioridad que en este caso se encontraría constituída y conformada por las guerras, concibiéndoselas como exteriores, puesto que constituyen o representan las manifestaciones más visibles y, por visibles, más comprensibles. Y todo ello no sólo para el cronista o el historiógrafo, sino para quienes viven en el momento en que los acontecimientos surgen, están presentes, cuando se suceden y desenvuelven.[31]

En la obra que redactara Max Scheller sobre sus personales ideas en torno a las personalidades nos encontramos con una concepción mucho más radical que las anteriores. No sólo para Scheller los acontecimientos-época no tienen ninguna importancia, sino que por el contrario todo el peso de la historia descansa sobre una de las partes que, según este autor, integran el complejo que hemos venido llamando personalidad. La historia se reduce, para Scheller, hacer la narración, de los ideales, normas y leyes morales que toman los hombres para normar su conducta social y personal. Creándose leyes e imposiciones morales, que deben su existencia y acatamiento al hecho de ser reflejos de los sistemas y tablas de valoración aparentemente creadas y realmente mantenidas por unos "hombres modelos". Así, la reflexión del filósofo o del analista de la historia debería reducirse a mostrar lo más claramente posible el origen, formación y desarrollo de los *creadores de valores*, o, es lo mismo, mostrar y elucidar *el centro del alma de la historia*. Para Scheller, y esto es lo que más nos interesa destacar, el hombre común, el hombre base de la historia, no puede tener o mostrar frente a los forjadores de valores una actitud diferente a la de aparecer como su manso seguidor. La personalidad por sus propios medios o por influjo y acción de los valores que encarna, se impone, se apodera de los hombres y los hace actuar de la manera que desea

31. Desde luego, no creemos que se deba considerar como únicos sucesos exteriores de marcada importancia, o, para emplear la terminología propuesta por Collingwood "acontecimientos que hacen época", "acontecimientos-época", a los conflictos bélicos. Deberíase también tomar en cuenta los grandes momentos de la cultura, de la investigación científica, del desarrollo económico, etc. Limitación que no deja de extrañar en un seguidor y continuador de Dilthey.

antes de que ellos puedan o quieran escoger el camino a seguir.[32] Como ya sucedía en el pensamiento de Bergson, el individuo, el hombre sencillo, el hombre de la calle, se convierte en un ser inerte e inerme, en un ser caracterizado por una absoluta pasividad, al que hay que llevar 'como de la mano'. Si en el individuo debe darse y se dá esta actitud meramente receptora frente a la personalidad encarnadora de valores, en el caso de la masa la situación se torna mucho más aguda, mucho más grave y dolorosa. Puesto que a pesar de todo, sobre todo a pesar de la imposibilidad de una más o menos libre escogencia, el individuo puede llegar a ser consciente de su actitud frente al guía y al conductor, en tanto que la masa no puede ni siquiera tener esa vía de posible escape ya que es lo que se representa con su nombre: conglomerado amorfo con una absoluta y definitiva carencia de algo así como una conciencia. El hombre en comunidad se convierte, para Scheller, en miembro no ya de una horda, en la que es posible notar y distinguir algo semejante a una especie de principio individualizador, sino en una *manada*, mucho más semejante, si no idéntica, a una mezcla de animales que a un conglomerado de seres humanos conviviendo en sociedad.

Ideas como las de Max Scheller llevan a sostener que la única actuación valedera y definitivamente positiva que pueden hacer y mostrar las personalidades se reduce y concreta a un reflejar acciones morales positivas, a un personificar valores ético-religiosos o de cualquiera otra índole. Si así se concibe la acción histórica de las personalidades es necesario, más aún es indispensable, para poder comprenderlas y situarlas, el concretarse, en el campo propio del estudio de la historia, a lo que se podría llamar *determinar grados de responsabilidad*. Pero no de una responsabilidad cualquiera, no de una responsabilidad libre o pretendidamente fundada en la libertad, sino de la concreta responsabilidad que entraña el ser "creador de valores" o representante visible y temporal de ellos. Grados de responsabilidad que podrían y deberían ser elucidados por la historia y ante la historia. Así pues, parece que es el deseo de Scheller, la historia y los estudios historiográficos se convertirían en un tribunal de valoración, que, de acuerdo con una preestablecida gama

32. Max Scheller, *El santo, el genio, el héroe*, trad. E. Marmy, ed. Vitte, Lyon, 1958, p. 29.

de valores, juzgaría a un determinado individuo, vería si una personalidad ha sabido y podido guiar a una masa en la prosecusión y vida de los valores. Es decir, si por la directa intervención de un individuo-personalidad le ha sido posible a todo un pueblo, a toda una sociedad, alcanzar un ideal de vida más pleno y más de acuerdo con alguna norma axiológica. Esta historia erigida en tribunal bien podría tener otra función que cumplir y, sería una meramente educadora y formadora de un determinado y preestablecido tipo de conciencia en el pueblo, en la masa, llegaría a cumplir esta finalidad dedicándose a mostrar por intermedio de los representantes de los valores, por intermedio de la preponderante labor de los menos, las normas de acción que deben seguir los más. Pero en donde se puede encontrar la más plena y concreta labor que puede cumplir una historia, que quiera verdaderamente ser tal, es en el "descubrimiento de los valores eternos" que se han de manifestar y concretar en las personalidades históricas reales o irreales: en el conductor de pueblos, en el guerrero, en el político, en el creador de religiones y en el santo.

La historia para Scheller, como ya hemos anotado y resumido, se reduciría a ser el campo de acción y manifestación de los valores entendidos como esencias puras e intemporales, mediados por la directa acción de unos hombres clave. Un enfrentarse al estudio de la historia de la manera sostenida y promulgada por este autor nos parece no sólo conducir a ese determinar grados de responsabilidad extra histórica, sino a un tomar las personalidades como ejemplos, como constituyendo o representando avances u obstáculos en el progreso de la humanidad hacia la obtención plena, en esta vida histórica, de los valores ideales y eternos. Así, se vería a la historia como un proceso ascencional hacia una superación de los valores y por los valores. La historia, tanto la vivida como la escrita, no tendría cabida para aquello que se apartara de esta suprema finalidad, haciéndose muy limitado el interés y el campo de acción para y frente a los hombres con minúscula, sostenedores y fermentos de todo acaecer y desarrollo histórico.

"Determinar los grados de responsabilidad, atribuir esta o aquella consecuencia a su libre decisión (de las personalidades), colocarlas como ejemplos u obstáculos, tratar de extraer enseñanzas de su vida, se torna insensato", escribe Isaiah Berlin,[33] si bien es cierto, no refiriéndose concretamente a la doctrina schelleriana sobre el papel de las personalidades. Pero creemos que esta fuerte frase critica en gran medida la posición de Scheller y señala el punto más débil de ella. Ya que son esos los posibles fines que cree ver y encontrar Scheller en la historia. Desde luego, tampoco hacemos nuestra la posición adoptada por Berlin frente al problema que nos viene preocupando. Y no lo hacemos ya que se nos presenta como siendo demasiado restringida y tratando de ver en la vida y acción de las personalidades tan solo una de sus facetas que, si bien es cierto, no son múltiples e indefinidas tampoco se pueden limitar al mero estudio de su conducta. Con ello no queremos dar a entender que pensamos que debe dejarse de lado el estudio y valoración de conductas humanas tal como nos la presenta y muestra el estudio de las personalidades. Muy por el contrario, creemos que deberían ser tomadas en cuenta en lo que son, en lo que representan y valen. Valen por y de acuerdo con los efectos históricos, reales y concretos, que hayan querido o podido representar, pero siempre con la condición de que sean hechos históricos dados. Es decir, en la medida en que no son productos de uso único de un reducido grupo de hombres. En la medida en que trasciende a sus creadores y sostenedores haciéndose comunes. La conducta de las personalidades o, lo que es lo mismo, la acción de la iniciativa privada en la historia, reflejo y producto de un egoísmo particularizante y actuante, se hace valioso en la medida en que son capaces de producir obras de civilización, obras de cultura, en todos los sentidos de la palabra, en su sentido ideal y en su sentido material. Por ser las obras de cultura reflejos de acción humana no creemos posible el estudiarlas desde un sólo punto de vista, desde un sólo ángulo, con una sóla finalidad, cualquiera que ésta sea: económica, política, social o histórica y, mucho menos, de acuerdo con una preestablecida y ahistórica "Tabla de Valoración".

Las personalidades, indudablemente, reflejan, producen y crean valores. Pero son valores humanos, sujetos si no a sus creadores y sostenedores, a lo menos, a la época histórica en que se dan estos y viven aquellos, a las características propias y peculiares motiva-

33. Isaiah Berlin, *Lo inevitable en la historia*, trad. N. Lamer, ed. Galatea-Nueva Visión, Buenos Aires, 1957, p. 38.

ciones de ese momento. Los valores que se encuentran y muestra la historia no son más que eso, pero no son menos, son históricos y no eternos. Las personalidades fueron lo que fueron, actuaron como debieron haber actuado. Su acción no necesita disculpas y, por estar presente y completa, no las pide. Pudieron haber actuado de otra manera. Pudieron haber tenido la oportunidad de elegir libremente o no el rumbo de sus acciones, de su vida. Eso desde luego. Pero esto no es lo que en definitiva importa e interesa a la historia y debe importar al historiógrafo. Lo que en cambio sí tiene plena vigencia y total importancia, es su acción tal como la conocemos: acabada, cumplida, muerta. O, lo que es lo mismo, nada podemos hacer por las personalidades, no podemos disculparlas ni condenarlas, pero podemos y debemos tratar de comprenderlas, debemos y podemos estudiarlas. Por todo ello no creemos que la "iniciativa privada" sea una causa "perturbadora de la historia". [34]

La vida y acción, la obra histórica de las personalidades, son humanas y como humanas mientan, se refieren y caen siempre sobre lo humano. El personaje histórico real o irreal responde a una exigencia elemental de la creencia común que puede expresarse así: *todo reloj supone un relojero, toda acción histórica postula un autor*. Exigencia que debe ser tenida en cuenta y no por común desechada. Obra histórica que sólo es valedera y plena si es *eficaz*, si ha logrado despertar una conciencia, si inicia una nueva forma de vida o marca un hito, y es eficaz y valedera en la medida que logra responder a un tácito anhelo común. En la medida en que logra despertar y hacer surgir la activa colaboración de un determinado grupo social. En la medida en que encuentra cooperación y participación por parte de su sociedad. Y sólo puede encontrar cooperación y participación social si responde a las necesidades de la colectividad y si, por ello mismo, se crea una nueva norma de ser en comunidad, que, en su organización y desarrollo poco o nada tiene que ver con la personalidad originaria. [35]

34. Cf. Febvre, *Combates* . . . , ed cit., pp. 209-210.
35. Lo que hemos señalado para la personalidad individual puede y debe ser extendido hasta las llamadas "minorías creadoras", hasta lo que Toynbee llama "pioneers".

Capitulo IV

Personalidad y Existencia

§ 8. *La personalidad como autora de sucesos.*

A continuación debemos tratar de estudiar las modalidades, nexos e influjos que se pueden encontrar, describir y estudiar entre la personalidad como autora y productora de acciones y los sucesos propiamente tales. En páginas anteriores nos habíamos enfrentado con lo que en este momento denominábamos "la iniciativa privada y la historia", la problemática allí tocada puede aparecer bien semejante a la que corresponde a este nuevo apartado. Habíamos llegado a la conclusión de que esa iniciativa privada no puede considerarse, *grosso modo*, ni como una ni como la principal causa perturbadora de la historia y su curso. En las páginas siguientes trataremos de enfrentarnos, y de acuerdo con el procedimiento que hemos tratado de seguir, al estudio y posible desentrañamiento de la acción de las distintas personalidades y tal como la pueden presentar o indicar el curso normal de la historia [1].

En la sección anterior habíamos tratado de mostrar cómo se puede considerar a la historia y a su núcleo, el suceso, como "un proceso pretérito esencialmente centrado en torno de lo humano", asentado en torno de la acción humana, en torno de una praxis colectiva o individual. Para tratar de hacer más adecuada y comprensible esta idea debemos detenernos un momento antes de continuar con nuestro tema tomando prestada de Jean-Paul Sartre lo que se pudiera denominar y entender como una definición contemporánea del hombre tal como pretendemos conocerlo y tratamos de ver y comprender. Así pues, para Sartre, y en sus *Reflexiones sobre la Cuestión Judía*, antes que nada el hombre puede ser definido y comprendido como un ser *en situación*. Como un individuo que cons-

1. Hablamos de una normalidad en la historia con el único fin de destacar y hacer más notoria la problemática que en el presente momento de esta investigación nos hemos propuesto: la acción de la personalidad como inherente y propia de la historia. Con ello no pretendemos dar a entender que hemos olvidado o pasado por alto que es este el punto focal que en la actualidad debemos tratar de investigar y elucidar.